

Rechazar los resabios del discurso autoritario

Soledad Larraín

E muchas veces durante estos dieciséis años percibí, no sin temor, los sutiles intentos de la dictadura para introducir el mensaje autoritario y hacerlo parte de nuestro marco conceptual.

Me resulta difícil hoy día poder evaluar los resultados de este intento; no hay "evidencias objetivas": las pruebas no aparecen en las encuestas ni en los discursos y todos lo rechazamos con energía, al menos conscientemente. Pero a veces vislumbramos en algunas actitudes, en opiniones o descalificaciones, en aseveraciones dudosas, en "certezas" poco ciertas, rastros o fragmentos de un discurso ajeno, de ese que no es nuestro, pero que quizás de tanto oír y de tanto que se nos machacó, se nos introdujo de contrabando y pasó a tener un espacio en nuestra forma de mirar el mundo.

Puede ser que algo se haya introducido en la forma como nos relacionamos en los grupos, o quizás en la forma de entender la pareja y la familia. En otros casos, puede aparecer cuando damos opiniones sobre la política o los "señores políticos", o en cómo entendemos el éxito y el *status*; en nuestras ideas sobre lo que debe ser la educación o cuando hablamos del espacio de la mujer en la sociedad. El autoritarismo tiene mil caras y mil maneras de disfrazarse.

Quiero compartir una experiencia personal que me motivó a escribir estas líneas y tal vez a través de ese ejemplo puede ordenar algo estas ideas dispersas que hoy intento transmitir.

Hace algún tiempo me entrevistaron en un programa del Canal 7 de TV en que se abordaba el tema de la violación.

Tuve una gran sorpresa al ver el programa. Casi "naturalmente", en el transcurso de los 200 minutos que duraba, las víctimas se fueron transformando paulatinamente en culpables de provocación; y los victimarios, en personajes no exactamente -o no solamente- inocentes, sino que en pobres criaturas, sin voluntad, obligados a ser ejecutores de actos negativos, como respuesta a la provocación de las verdaderas responsables.

En medio de mi indignación, recordé el afiche de la campaña de delitos sexuales, en donde se señalaba "el 60% de los delitos son provocados por las víctimas": ¡parece tan absurdo utilizar en este caso el término de víctima!

La otra cara

Pero también se me vino a la memoria el titular de los diarios hace ya más de tres años, cuando se señalaba "Tres comunistas asesinados": pareciera ser que el becho de ser comunistas justifi-

caba su crimen. Recordé tantas veces que me tocó escuchar, leer o sentir aquella frase expresada por miles de labios en infinitos rincones, en donde casi en murmullo se intentaba explicar lo inexplicable, siempre exclamando "algo habrán hecho, en algo estarían metidos, por algo será".

Paradojalmente, el gobierno de la iniciativa privada, del éxito y la confianza personal, intentó transformarnos en seres humanos sin responsabilidad, en donde nuestras acciones se explicaban por lo que otros hacían y donde el actor era sólo un simple ejecutor.

El asesino mata porque la víctima lo induce, el torturador tortura porque el preso no quiere hablar, el profesor castiga porque el niño no obedece, el marido golpea a su mujer porque ésta lo provoca.

La violencia siempre presente: debemos "ejercerla" para ordenar la sociedad, para disciplinar. Pero está también la otra cara: el que obedece, el que acata, el que quiere evitar el castigo; y así el círculo se cierra: se castiga para que se obedezca y se obedece para evitar el castigo. Los actores representan el libreto y danzan todos con la misma melodía.

José, en La Victoria

Sin embargo, el círculo comienza a abrirse, hemos celebrado el triunfo de Patricio Aylwin como presidente de Chile. Atrás ha quedado una larga pesadilla que demoraremos mucho tiempo en superar. No sólo tenemos que reconstruir el país, debemos reconstruirnos nosotros y nuestra convivencia, debemos re-aprender a ser responsables de nuestro comportamiento, a interactuar, a construir consensos, a aceptar discrepancias.

¿Cómo lo haremos? ¿Cuánto tiempo tardaremos? Es difícil saber como ha afectado nuestra subjetividad vivir y convivir con el horror, como también es difícil saber el tiempo que demoraremos en cicatrizar las heridas y borrar las huellas.

Sin embargo los cambios llaman a los cambios y los procesos subjetivos se desencadenan con fuerza y vitalidad, los bloqueos se rompen y las energías se liberan. Tal como dijo José mientras celebraba en la población La Victoria la noche del 14 de diciembre: "se acaba la opresión, quedamos liberados". 